

Salí al balcón, salí al balcón

El 17 de octubre de 1945, hace treinta y tres años, la edad de Cristo, la edad de Evita, en la ciudad de Buenos Aires, Perón salta al balcón de la Casa Rosada; la sede del Gobierno nacional, y era ovacionado por el pueblo.

RICARDO LORENZO SANZ Y HECTOR ANABITARTE RIVAS

El pueblo. ¿Qué pueblo? La ciudad de Buenos Aires, tan blanca ella, tan europea (los negros que le quedaban de la época de la colonia hablan sido entregados a la peste de 1870 o como carne de cañón en aquella trágica guerra de la Triple Alianza contra Paraguay), estaba ofendida, se sentía humillada. La reina del Plata, la ciudad de los sueños, como dijera Rubén Darío, había sido invadida por la chusma de los arrabales, por los orilleros, por esos provincianos morochos, piosos, o esos gringos que vinieron muertos de hambre. Todos hacinados en la ciudad porque no querían trabajar en el campo. Vagos. Son como los gauchos. Parecen indios.

Esta ciudad, de espaldas a América, cabeza de león, cuerpo de ratón, mira a París, el espejo. Un intendente ordenó una vez el traslado de la pequeña estatua del negro Falucho, un sargento, héroe de la independencia, a una plazoleta insignificante del barrio de Palermo. Pues molestaba que estuviera emplazada a pocos metros de la estatua de San Martín, el Padre de la Patria. "Cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa".

Octubre de 1945. Hace cinco meses Berlín se rindió incondicionalmente y la bandera roja de los soviéticos ondea sobre sus ruinas. Hitler se pegó un tiro en la boca o mordió una cápsula de cianuro. ¿Mussolini? Fue ahorcado en Milán. "Muchachito", la atómica, está por ser lanzada en Hiroshima. Desde 1930, el "Granero del Mundo" está gobernado por militares o por amigos de éstos. Gobiernos conservadores, telúricos, que piensan que todo se resuelve criando vacas (lindos machos nuestros toros) y sembrando trigo (buena hembra nuestra tierra). Y el pueblo, obediente y sumiso, en sus tareas que cuando les sobra unos **patacones** los derrochan en vino.

En 1943, un coronel, Juan Domingo Perón, admirador de Mussolini, amigo de Getulio Vargas y

de Franco, desconfiado de los ingleses y de los yanquis, nacionalista, estratega brillante, buen jugador de truco, ocupa el Departamento Nacional de Trabajo, que a los pocos meses transforma en Secretaría de Trabajo y Previsión. Desde allí promueve e impone una serie de leyes de carácter social: aumentos de salarios, convenios colectivos, vacaciones, pagas, estabilidad en el empleo, incorporación masiva al régimen jubilatorio, estatuto del peón de campo, reconocimiento de los sindicatos, beneficios por maternidad.

Derechas e izquierdas le odian, le temen, le atacan. Le acusan de nazi, populista, bonapartista, trepador. Para peor, viudo y concubino de una oscura actriz de la radio y del cine. La llaman Evita. Es María Duarte. Su padre nunca la reconoció en el Registro Civil. Su madre, soltera, vive en una pequeña ciudad de provincia y administra una pensión.

No faltaría más. La gente decente está escandalizada. Ya hubo un Jefe de Estado casado con una cantante de ópera. Todo un escándalo. El Presidente Alvear, radical, solicitó licencia al Congreso y la siguió a París. Allí, la conquista. A lo lejos resonaba "La Cumparsita".

Perón y su Secretaría de Trabajo se han hecho populares. Muchos obreros, la mayoría, los peones del campo, los empleados, le consideran su líder. Serán los **decamisados**, los **grasitas**, como dirá Evita. La tensión social no se hace esperar. Se producen manifestaciones en favor y en contra de Perón. La crisis alcanza al mismo Gobierno. El 28 de septiembre de 1945 se decreta el Estado de sitio y se modifica el Estatuto de los Partidos Políticos, prohibiéndose la reelección de autoridades. Perón es cuestionado por algunos mandos militares y el jefe de la guarnición de Campo de Mayor (la más importante del país), general Eduardo J. Avalos, le exige la renuncia. Habilmente, Perón acepta y con este motivo se reali-

za un acto masivo en su homenaje que es transmitido por la radio. Allí manifiesta que deja firmado un Decreto disponiendo aumentos de salarios.

En la noche del 11 de octubre es detenido por una patrulla policial que llevaba órdenes del almirante Héctor Vernengo Lima. Es

birá años después: "Evita es clitoriana, y Perón, vaginal". La Confederación General del Trabajo decide, por 21 votos a 19, declarar una huelga general de dos días de duración para el jueves 18. Pero en algunos lugares, Beriso y Ensenada, los obreros comienzan la huelga el 16. Desde "las usinas



A un cuarto de siglo de distancia, Perón alumbra el cigarrillo del astro norteamericano Walter Pidgeon, mientras la sonriosa de Aurora Bautista está a punto de apagar el encendedor gubernamental.

confinado en la isla Martín García, frente a Buenos Aires. Evita escribe: "El incendio seguía avanzando con nosotros. Los 'hombres comunes' de la oligarquía cómoda y tranquila comenzaron a pensar que era necesario acabar con el incendio. Creían que con eso acabaría el incendio. Esto sucedió en la última hora de la Argentina oligárquica. ¡Después, amaneció!".

Perón estará preso una semana. Sus partidarios son movilizados por un grupo de sindicalistas y por una muchacha de veintiséis años: "A medida que iba descendiendo desde los barrios orgullosos y ricos a los pobres y humildes, las puertas se iban abriendo generosamente...". El ensayista argentino Juan José Sebreli escri-

de Puerto Nuevo, los talleres de Chacarita y Villa Crespo, las manufacturas de San Martín y Vicente López, las fundiciones y acerías del Riachuelo, las hilanderías de Barraca" (Raúl Scalabrini Ortiz), los obreros acuden a la plaza de Mayo a reclamar la libertad de Perón.

Mientras tanto, en la misma ciudad de Buenos Aires, el periódico comunista **Orientación** y el socialista **La Vanguardia** (muy pro soviético el primero y muy reformista el segundo) califican a esa masa en la calle como el lumpenproletariado, los desclasados, la turba sudorosa, y aseguran que cuentan con el apoyo de la Policía. Un dirigente radical, del partido de Hipólito Yrigoyen, Sanmar-



Eva Duarte, cuando era actriz, con su colega Narciso Ibáñez Menta, a su derecha, después de una intervención en Radio Belgrano. Los rodean personal de la citada emisora y de la firma Jabón Radical, patrocinadora del espacio radifónico.

tino, dirá en el Parlamento Nacional que son un aluvión zoológico. Les llaman "20 y 20" (20 centavos de "pizza" y 20 centavos de vino).

Es octubre. Hace calor. La gente ha caminado muchos kilómetros para concentrarse en el centro. Algunos se lavan las patas en las hermosas fuentes de la plaza, allí donde está emplazada con tanta humilde dignidad la Pirámide de la República, frente al histórico Cabildo en donde en 1810 resonara "el pueblo quiere saber de qué se trata" y a la catedral Metropolitana. La oligarquía, la clase media ciudadana, se indignan. El centro de la ciudad es un chiquero, la gente duerme en el césped inglés, toman mate. Esos cabecitas negras que se habrán creído. Qué barbaridad. En la plaza de Mayo. Nunca visto. Parecen gitanos.

Algunas columnas de manifestantes pertenecen a tal o cual gremio. La de los metalúrgicos, uno de los sindicatos más combativos, está encabezada por una negra —quedan tan pocas—, muy gorda, muy atrevida, que se ha vestido de República francesa: una túnica, será de percal, y un gorro frigio. Lleva un tambor, que hace sonar sin descanso, y grita: "¡¡¡Peéron, Peéron!!!". Los obreros le tocan el culo y las tetas. Aseguran que trae suerte. Al final de la larga marcha el vestido exhibe impudicamente dedos de innumerables manos sucias. Es que la grasa de las fábricas es así.

Los puentes que cruzan el Riachuelo han sido levantados por orden del Gobierno. Es que del otro lado vive mucha gente pobre, ignorante. Todo inútil. "La marea bunta" sortea en pequeños botes el obstáculo. Gritan: "Sube la papa, sube el carbón y el 17 sube Perón". Una de las tantas columnas remonta la avenida de Mayo (la avenida de los españoles), y cuando pasan por el diario *La Prensa*, el distinguido órgano periodístico de los Galza Paz, lo apedrean.

Al coronel le dejan en libertad. Lo trasladan al hospital militar. Se dice —cómo averiguarlo fehacientemente— que Evita le exige que salga al balcón de la Rosada a saludar a "su pueblo", que le reclama un delirio nunca visto. El habría dudado. Se decía que el día que en la política alguien tuviera la sonrisa de Carlos Gardel sería Presidente. Perón sonríe como el Zorzal criollo. La muchedumbre canta: "Yo te daré, te daré patria hermosa, te daré una cosa, una cosa que empieza con p, Perón".

Meses después serán las elecciones. Todos los partidos concertan una alianza electoral contra el flamante Partido Laborista y su candidato presidencial, Perón. En la fórmula le acompaña un correntino, un tal Quijano, radical yrigoyenista. A los laboristas se incorporan socialistas, comunistas, anarquistas. Grupos fascistas también apoyan al binomio Perón-Quijano. La consigna es Perón o Bra-

den. Braden es el embajador norteamericano. Perón-Quijano obtiene el 55 por 100 de los votos escrutados.

La derrotada Unión Democrática ha contado con el apoyo de la Embajada norteamericana. Como propagandista de ésta, Braden hará giras por el interior del país. Al regreso de uno de sus viajes es recibido en los andenes de la estación Retiro por dirigentes conservadores, radicales, comunistas, socialistas, demócratas progresistas, que entonan en su honor y a coro los compases de "La Marsellesa".

El Gobierno peronista tiene dificultades con la Casa Blanca. Reconoce a la Unión Soviética y se incorpora a las Naciones Unidas. Perón habla de la tercera posición, de los dos imperialismos. Mientras tanto, Winston Churchill se preparaba para declarar solemnemente la guerra fría.

1978

Treinta y tres años después, la edad de Cristo, la edad de Evita. La plaza está limpia, ordenada. Nadie se lava los pies en sus fuentes. Los canteros, simétricos, lucen flores de la estación. Es primavera. Bandadas de palomas revolotean. Algunos compran maíz y les dan de comer. Léstima que ensucien tanto los edificios. Un fotógrafo, como hace mucho, con un cajón viejo, engancha a una pareja. Un grupo de turistas, brasile-

ños o japoneses, escuchan silenciosos a su guía: "Esta Pirámide simboliza la República Argentina. Cuando las cruentas guerras civiles, los gauchos invadieron la ciudad y ataban sus caballos criollos en la verja. Fue en 1820, año conocido bajo el nombre de la anarquía. Lo que ustedes hoy pueden apreciar es una réplica, pues el monumento original se halla dentro, ya que el tiempo amenazaba destruirlo".

A un costado, a setenta metros, cruzando la calle Rivadavia, hay un árbol muy singular, cercado por unas verjas. Pocos se acuerden que es un gajo del árbol de Guernica. El clima de Buenos Aires debe ser bueno, está lozano, y con la primavera, le han nacido nuevos brotes.

De la Casa Rosada salen marcialmente cuatro granaderos. Van a relevar la guardia permanente que vela por los restos del Gran Capitán, aquel que cruzó los Andes como un Aníbal y derrotó a los godos en dos célebres batallas. Su bautismo de fuego había sido en Bailén. Sus restos están en la catedral, en un costadito, pues hubo problemas. Se comenta que era masón. Vaya uno a saber.

En la Rosada, Jorge Rafael Videla hojea unos papeles. Le informan que en la plaza un grupo de abuelas piden por sus nietos desaparecidos. Videla, enfrascado en sus asuntos, más ahora que espera a un Rey, murmura: "La guerra es la guerra". ■